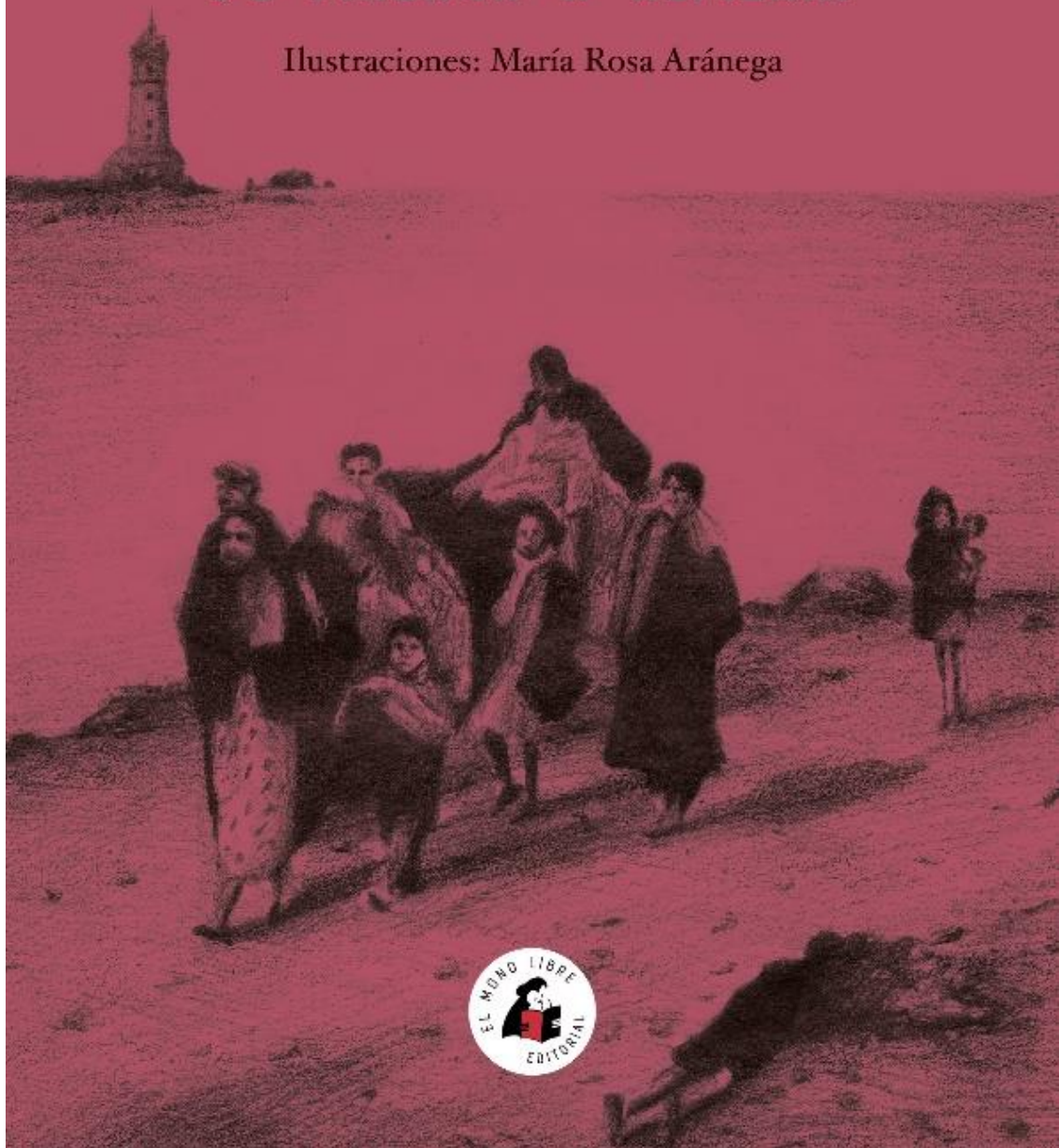


Con prólogo de Nieves Concostrina

MARÍA JESÚS ORBEGOZO

EL ÉXODO DE MÁLAGA A ALMERÍA

Ilustraciones: María Rosa Aránega





«Con la memoria se honra a las víctimas.
Los desmemoriados honran a los asesinos».

Nieves Concostrina
(Del prólogo)

Tres autoras de tres generaciones —una novelista, una historiadora y una ilustradora—, han creado juntas este libro contra el olvido, *El éxodo de Málaga a Almería*. Esta obra sobre «La Desbandá» está dedicada a los cerca de 300.000 refugiados —de los que, según el relato de Bethune, al menos 5.000 eran niños— que entre el 7 y el 14 de febrero de 1937 huyeron por lo que se conoce como «la carretera de la muerte».

El relato refleja a miles de niños, hombres y mujeres, atemorizados por los actos y las voces amenazantes de las tropas sublevadas, lideradas en Andalucía por el militar golpista Queipo de Llano, lo abandonaron todo en febrero de 1937 convencidos de que huir sería la única manera de sobrevivir. Asediados desde el mar y el aire por las bombas fascistas recorrieron a pie los doscientos kilómetros que separan Málaga de Almería. Ochenta y siete años después, muchos de sus cuerpos siguen en el abandono de los acantilados.

La escritora María Jesús Orbegozo ha querido darles un nombre a aquellos héroes y heroínas anónimos: Cirila, Miguelico, Chelo, Teresita, Isidoro, Teresa y devolverles su historia en forma de novela, la de sus pasos en la «Desbandá» y la de su lucha por volver sin miedo a su casa, de la que siempre guardaron la llave.

La ilustradora María Rosa Aránega ha dibujado la fuerza y abatimiento en los rostros de los refugiados anónimos. Y la historiadora Verónica Sierra Blas ha recordado detalles esenciales de aquellos días sin esperanza y ha conversado con la autora sobre la memoria emocional y el valor de los testimonios de los protagonistas y sus descendientes.

Sierra Blas destaca en estas páginas: «No hay datos exactos —ni nunca podrá, lamentablemente, haberlos— sobre cuántas familias se separaron temporalmente o para siempre, sobre cuántas personas desaparecieron sin dejar rastro o sobre cuántos menores se extraviaron».

«Defendiendo la memoria de los asesinados también se protege la de los familiares vivos, la de los supervivientes, la de los amigos de los supervivientes, la de los nietos de los supervivientes, la de los bisnietos de los asesinados...»

Nieves Concostrina (Del prólogo).



LA AUTORA DE LA NOVELA

MARÍA JESÚS ORBEGOZO

(Zumárraga-Guipuzcoa, 1945) es catedrática de instituto jubilada en Lengua y Literatura Españolas y licenciada en Filosofía y Psicología. Ha colaborado en prensa —El País, La Voz de Almería, El Sol, Triunfo, El Urogallo—.

Es autora del libro de relatos *Sueño sin trenzas* (Ediciones La Palma, 1991) y de la novela *Hijos del árbol milenario* (Editorial Planeta, 2010).

En la actualidad vive en Almería.

LA ILUSTRADORA

MARÍA ROSA ARÁNEGA

(Almería, 1995)

Graduada en Bellas Artes y Máster en Cultura de Paz, Educación, Conflictos y Derechos Humanos. Su obra ha sido expuesta en Centre del Carme Cultura Contemporània, Centro Federico García Lorca, Centro Cultural Conde Duque, Berlín Galería o el Instituto de las Mujeres.

Ha desarrollado parte de su formación también en residencias artísticas como la Fundación Antonio Gala o la Residencia de Estudiantes.

LA AUTORA DEL EPÍLOGO

VERÓNICA SIERRA BLAS

(Guadalajara, 1978)

Doctora en Historia, Máster en Edición y profesora de Historia de la Cultura Escrita en la Universidad de Alcalá. Especialista en los testimonios personales contemporáneos, es autora, entre otros libros, de *Palabras huérfanas. Los niños y la Guerra Civil* (Taurus, 2009) y *Cartas presas. La correspondencia carcelaria en la Guerra Civil y el Franquismo* (Marcial Pons, 2016).



FRAGMENTOS PARA PREPUBLICACIÓN

En el prefacio, María Jesús Orbegozo, aclara que su novela se basa en acontecimientos históricos reales. No obstante, los personajes protagonistas son imaginarios. Hay referencias a seres históricos con sus nombres propios. También los espacios geográficos son reales, excepto el pueblo de Gerín, que es un trasunto de los pueblos de la sierra malagueña.

A continuación se incluye el prefacio y las dos primeras páginas del primer capítulo de la novela, con el título: I La Partida, de María Jesús Orbegozo.

Y un capítulo del epílogo de Verónica Sierra Blas: capítulo 5, con título La historia tiene la palabra (La diáspora republicana en perspectiva de género).

En los tres capítulos se incluyen las ilustraciones correspondientes de © María Rosa Aránega.

PREFACIO

Todos los éxodos son el mismo Éxodo. Multitudes abandonan un lugar –Egipto, Málaga, Polonia, Siria..., qué importa el lugar–, en un tiempo –el Egipto de los faraones, la Málaga republicana a punto de caer en el poder de los fascistas, los alemanes de Polonia al final de la Segunda Guerra Mundial, la Siria que huye de la guerra en el siglo XXI..., qué importan el día, el año, el siglo, el milenio–, en busca de una tierra –la tierra prometida– donde asentarse. Sí. Todos los éxodos son el mismo Éxodo. Las multitudes –ancianos, niños, jóvenes, hombres y mujeres en la madurez– huyen de la guerra, de la esclavitud, del hambre, de la muerte... Huyen cargando como pueden sus bienes transportables en animales, carros y carretas, automóviles o la mayor parte de ellos sobre los hombros. El mismo peso de los enseres, de los enfermos, de los bebés... El mismo agotamiento. La falta de comida, la sed, el cansancio. La tierra prometida no está al alcance enseguida. Para muchos será inalcanzable. Sí. Todos los éxodos son el mismo Éxodo. Qué importan el tiempo y el lugar.

Pero sí importa que esas multitudes están formadas por cientos, por miles, por cientos de miles de hombres y mujeres, de jóvenes, de ancianos y de niños con un nombre, con unos padres, con un origen, con unos hijos, personales, únicos. Por individuos –no se olvide– con nombre propio, con historia, con lengua, con

tierra, con relaciones sociales propias, con afectos, con ilusiones, con trabajos, con dolores, con esperanzas subjetivas. Esas multitudes son el agregado de individuos, de seres con conciencia, con memoria, con entendimiento, con voluntad. Cuando imaginamos el polvo que levantan miles y miles de pies al caminar y el sonido constante de las pisadas, no caigamos en el error de percibir masas amorfas de andar mecánico, consideremos más bien el dolor de las llagas de cada pie; de cada labio cortado por la falta de agua; de cada corazón detenido por miedo, por inanición, por agotamiento; el terror de cada niño perdido y la angustia de cada madre y padre al no encontrar a su hijo; el desconsuelo de abandonar en una cuneta anónima el cuerpo sin vida de un ser querido sin tiempo para ser enterrado ni cumplir con el mínimo ritual funerario... Imaginemos, sí, imaginemos y sintamos con todos y cada uno de ellos...



LA PARTIDA

Lola se decidió a pedir a la vendedora de ultramarinos que le escribiera una carta, aprovechando que Cirila se iba a Gerín a visitar a su moribunda madre antes de proseguir su huida de los fascistas hacia Málaga.

—Dime qué quieres que escriba. Lola dictó:

Querida familia:

Por la presente, que la Cirila les entregará, sabrán lo que hemos pasao aquí. Tienen quescapar de Gerín ahora mismo, sin más tardar. Verán. Cuando llegaron los falangistas al cortijo preguntaron por el Paco por ser el guardés. Menos mal que se avía refugiao en las montañas. De ravia, se vengaron en mí. No hace falta que les cuente lo que le hicieron a la mujer de un rojo, entoavía no están curás las heridas de los desgarrones. Querían fusilar a Paco porque lechaban la culpa, por ser el guardés, de dirigir el grupo que mató al señor y al señorito al poco de encomenzar la guerra. Cogieron a seis labradores, al alcalde, al maestro, y se los llevaron en un camión. Al día siguiente sencontraron sus cuerpos en la cuneta a la salía del pueblo acribillaos a balazos y cubiertos de sangre.

Esto es un infierno. Ay mucho miedo, son unas fieras. La Cirila les contará con más detalle sus fechorías. Escapen mientras estén a tiempo. Áganme caso.

Se despide de tós ustés está su Lola que les quiere bien y les desea toa la suerte del mundo.

Poco antes del amanecer, Cirila abandonó la casa, cargada con una manta y un saco con patatas, cebollas y naranjas. Sobre el vestido gris camisero se vistió el único abrigo que poseía. La víspera por la noche, entregó la llave de la casa y las gallinas a los vecinos para que se las cuidaran hasta su regreso. En la oscuridad caminaba pegada a las fachadas de las casas por temor a ser vista. Si la encontraran los falangistas o algún paisano la delatará... Temblando de miedo, con las entrañas revueltas y en la garganta un puño atravesado, salió al campo para huir de un miedo aún mayor. Había sido testigo de la brutal violación de Lola, ya que fue quien la curaba de las heridas vaginales dos veces al día con agua hervida, a la que añadía un puñado de sal. Lola tuvo fiebre alta y deliraba durante unos días, y Cirila temía por su vida. No obstante, a la semana había desaparecido la fiebre y poco a poco se fue recuperando, aunque los primeros días en que se levantó de la cama apenas podía caminar por los dolores.

—Vete, Cirila. En toavía a ti no te han hecho na, pero con estas bestias, quién sabe, cualquier día... y, como me has cuidao pues..., yo ya qué me van a hacer... Además que si el Paco se acerca alguna noche, me tiene que encontrar.

En cuanto Lola mejoró como para andar por casa, Cirila decidió partir.

Al abandonar el pueblo, la casa donde había vivido desde su matrimonio con Manuel, miliciano en el presente no se sabía dónde, las lágrimas le nublaron la vista. Se las secó con la manga del abrigo y, afrontando grandes temores, salió a la noche.

Para cuando el gallo cantó, llevaba caminado un buen trecho a campo través, no sólo para acortar el camino, sino también para evitar ser vista. Anduvo sin detenerse varias horas. Sudaba bajo el sol, por el esfuerzo, y por el peso de los fardos, y por el abrigo puesto. Caminaba a un ritmo lento pero regular. Se detuvo al mediodía bajo la sombra escuálida de un olivo seco para comer un trozo de pan y una cebolla. E inmediatamente reemprendió

EPÍLOGO

AL RESCATE DE LA MEMORIA

CONVERSACIONES
CON
MARÍA JESÚS ORBEGOZO



Verónica Sierra Blas
(*Universidad de Alcalá; LEA-SIECE*)



LA HISTORIA TIENE LA PALABRA

(La diáspora republicana en perspectiva de género)

Por muchas noches sin sosiego que haya conocido después el mundo, ninguna admite competencia con nuestras noches [...], jamás se oscureció la razón de modo semejante; jamás se traicionó tan refinadamente; jamás los oídos [...] de las mujeres se oscurecieron tanto de incomprensión; ni el aire, inflamándose, dejó más olor a cadáver y a ruina propia.

(María Teresa León: *La historia tiene la palabra*).¹⁴

A diferencia de las fotografías de los refugiados que Sise tomó mientras la ambulancia de Bethune iba y venía, noche y día, por la carretera de Málaga a Almería socorriendo a los más necesitados, que constituyen el único reportaje gráfico que existe sobre esos primeros días de «La Desbandá», contamos con muchas otras imágenes posteriores de estos, como las realizadas por Robert Capa y Gerda Taro de los que se quedaron en tierras almerienses, profusamente publicadas en la prensa internacional, o la serie que Antoni Campañá dedicó a los que fueron evacuados a Barcelona.

Almería no fue el destino final de quienes aquel febrero de 1937 huyeron de Málaga y de otras localidades vecinas, sino el lugar en el que los huidos se concentraron para ser luego redistribuidos a otros sitios que, en ese momento, se pensaron seguros:

¹⁴ Esta obra se publicó en Buenos Aires en 1944 en la colección “Cuadernos de Cultura Española” del Patronato Hispano Argentino de Cultura (PHAC). María Teresa León: *La historia tiene la palabra* (*Noticia sobre el Salvamento del Tesoro Artístico*), Madrid: Hispamerca, 1977, p. 28.

junto a Barcelona, estos fueron, principalmente, Tarragona, Lérida, Ciudad Real, Albacete, Murcia, Valencia, Alicante y Castellón. Precisamente, en un pueblo de esta última provincia, «cerca de Morella», es donde María Jesús Orbegozo sitúa en el capítulo V a las mujeres y a los niños que protagonizan su novela.

Fueron muchas las familias que, como las de Cirila y Tomás, retornaron tras la contienda a sus lugares de origen, pero también hubo muchas otras que no volvieron nunca a reunirse y que acabaron dispersándose por medio mundo. Cientos de aquellos niños que fueron retratados por Sise, Capa, Taro o Campaña fueron enviados a colonias extranjeras ubicadas en Suiza, en Gran Bretaña o en la URSS —allí terminó, por ejemplo, el «nuevo» Miguelico—. Málaga fue la provincia andaluza que más refugiados le dio a América, alrededor de 38.000, siendo estos mayoritariamente acogidos por el pueblo mexicano. Hubo quienes acabaron en lugares todavía más lejanos, como Australia.

Un 10% de los refugiados españoles internados en los campos de Francia eran andaluces y un 10% de los que estuvieron en los del Norte África, «malagueños». De entre todos ellos, aproximadamente 1.500 fueron deportados a los campos de exterminio nazis, donde muy pocos lograron sobrevivir. En su memoria se erigió en 1999 el monumento a las víctimas del campo de concentración de Mauthausen del Parque de las Almadrabillas de Almería, obra de la escultora Mariángeles Guil.

Ahora bien: antes de que tuviera lugar la redistribución geográfica de los refugiados «procedentes de la carretera», tal y como se los identificó en el censo municipal almeriense, hubo, claro, que alojarlos, alimentarlos, atenderlos y protegerlos; y en todo ese tiempo, lo cierto es que no estuvieron exentos tampoco de riesgos ni dificultades. Más allá de su delicada salud y del rechazo y de la desconfianza que su llegada en masa («como una continua capa de lava, que lo cubría todo») provocó entre los vecinos y que tanta mella hizo en su ya de por sí afectado ánimo, siguieron siendo objetivo de las bombas fascistas, como las que

el 12 de febrero cayeron sin piedad en el puerto de Almería y en la Avenida de la República causando 50 muertos y 100 heridos:

El día 12 el puerto y la ciudad habían sido salvajemente atacados [...] –escribe María Jesús Orbeagozo–. Esas personas procedentes de Málaga [...] que confiaban en ser acogidas y atendidas en Almería [...] veían con horror que la fiera los perseguía con las fauces henchidas de un fuego voraz [...].

El estado crítico, tanto físico como psicológico, en el que los refugiados llegaron a Almería es fácil de imaginar: «al límite de la vida». Basta con pensar en las penalidades y barbaridades que padecieron durante el trayecto para hacerse una idea de su nivel de agotamiento. La mayoría apenas podía caminar a causa de las ampollas y llagas, muchas infectadas, que poblaban sus pies. Muchos sufrían las terribles consecuencias de la inanición y de la deshidratación, habían resultado heridos por los bombardeos o habían sufrido accidentes de distinto tipo. La locura se había adueñado de las mentes de quienes habían visto morir a los suyos, sobre todo de las de las madres que habían perdido a sus hijos, como le pasó a Teresa. De todo ello dan buena cuenta las anotaciones que el personal sanitario realizó aquellos primeros días «de la avalancha» en los libros de urgencias e ingresos de los hospitales de que funcionaron en la ciudad.

Si releyéramos, por otro lado, las noticias publicadas en la prensa local y provincial en los meses de febrero y marzo de 1937, veríamos cómo en ellas quedó también retratado el drama de los refugiados: sus páginas están repletas de peticiones que las autoridades hacían a los vecinos de la capital para que los acogieran en sus hogares y de anuncios –que también se radiaron o se imprimieron en carteles– en los que quienes habían perdido a sus familiares por el camino –sobre todo a niños– aportaban sus nombres y descripciones físicas en una desesperada –y muchas veces vana– tentativa de encontrarlos.

Estas peticiones y anuncios continuaron publicándose en los meses posteriores. Las informaciones que en ellos figuraban se

extractaban, por lo general, de las cartas que los afectados dirigían, entre otros, al alcalde de la ciudad, Antonio Ortiz Estrella, como podemos ver en esta que Isabel Guerrero Ortiz le escribió desde Almenara (Castellón) el 21 de abril de 1937, angustiada por no saber nada de su marido, de sus hijos y de otros familiares tras haberles perdido el rastro en la carretera:

Estimado Camarada, Siendo
tantas las gestiones que una madre tiene hechas, por
saber el paradero de mis familiares, las cuales todas
an sido infructuosas, es por
lo que me dirijo a V.
(cosa que me an aconsejado
personas de algun entendimiento) para que si ha
bien tiene se tome la
molestia sino esta carta
una razon de V para
que se comuniquen a (Almena-
ra) (Castellon de la Plana
Cuartel de las milicias) si
se encuentran entre los Refugiados de Malaga
las personas que a continu
acion se expresan
Mi esposo Juan Fernandez
Gomez, Luis Fernandez Guerrero
Jose Fernandez Muñoz
Ana Fernandez Guerrero
Antonia Fernández Guerrero
Antonio Ponce Delgado
Juan Fernandez Guerrero
Sin otra cosa espero que se to-
me la molestia de por los
agentes de su autoridad
dirigirse por el comite de refu-
giados o por la Radio de
esa capital y sin

mas muchas gracia y
mande cuanto guste de este
su servidora Isabel
Guerrero Ortiz.¹⁵

Junto al Ayuntamiento y al Gobierno Civil de Almería (con Gabriel Morón Díaz a la cabeza), fue la Delegación de Evacuación y Asistencia a los Refugiados de Almería y de Granada, a cuyo frente se encontraba Hermógenes Cenamor Val, dependiente de la Oficina Central de Evacuación y Asistencia a Refugiados (OCEAR) y del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, la que coordinó el trabajo desarrollado por los comités de refugiados y los numerosos organismos asistenciales, tanto nacionales como internacionales, que se dieron cita en la ciudad, destacando entre estos últimos el Socorro Rojo Internacional (SRI), a cuya labor María Jesús Orbegoza dedica en el libro una atención especial que, sin duda, es más que merecida, dada la cantidad de personas a las que dicha organización salvó la vida.

Poner el foco en el trabajo desarrollado en Almería por el SRI es algo que, además, le permite a la autora poner de relieve una realidad que es evidente que no quiere que sea pasada por alto: la de la mayor participación femenina en «La Huía», tanto en lo que se refiere a la evacuación como en lo que toca a la asistencia a los refugiados.

Así, las dos principales artífices de esa ayuda que se prestó en la capital almeriense a los que llegaron de la carretera llevan en la novela, como lo llevaron en la realidad, nombre de mujer: Tina Modotti y Matilde Landa. A ambas las vemos, aunque en mayor medida a la primera que a la segunda, en el capítulo IV de la novela trabajando hasta la extenuación en el Hospital de

¹⁵ Carta de Isabel Guerrero Ortiz al alcalde de Almería. Almenara, 21 de abril de 1937. La transcripción es completamente fiel al original. Cfr. “El documento del mes”, Archivo Histórico Provincial de Almería, *Exposiciones Virtuales*, 13 de marzo de 2017: <https://www.juntadeandalucia.es/cultura/archivos/ahpalmeria>.

Sangre que hoy sabemos que el SRI instaló en un cortijo situado en la zona de la Vega de Acá requisado a José Batlles Benítez, propietario de la industria textil Las Filipinas.

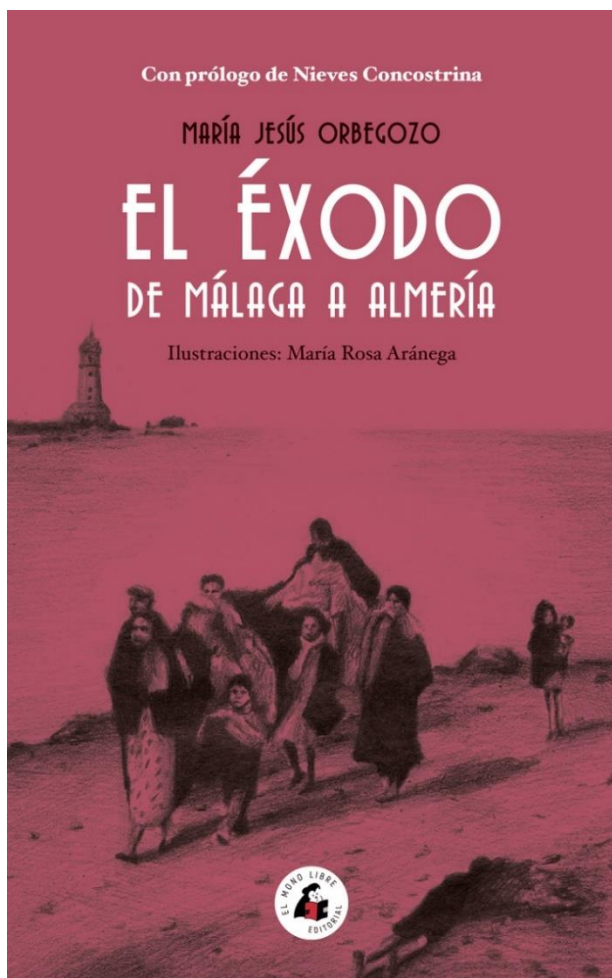
Por otro lado, de entre los 100.000 y 150.000 refugiados que llegaron a Almería en busca de cobijo, más de la mitad eran mujeres. Muchas de estas, además, iban solas o con sus hijos pequeños, bien porque ya lo estaban antes de emprender el éxodo, como Cirila y Chelo; bien porque perdieron a sus hombres en el camino, como Teresa; o bien porque, si llegaron acompañadas de estos, a mediados del mes de abril de 1937 los mismos fueron llamados a filas, como le pasó a Jacinta: «Aquí se alimentará a los niños y se buscará enviarlos a todos menos usted, que se deberá incorporar al frente, a otra ciudad en la que haya menos saturación [...]. Tendrá que presentarse en el campamento de Viator», le dijeron a Tomás al llegar a Almería. Efectivamente, fue en el Bajo Andarax, en Viator y en Benahadux, donde los hombres de entre 18 y 35 años que llegaron a Almería desde Málaga pasaron a integrar los batallones de choque que integraron la 54 y la 221 Brigadas Mixtas del Ejército Popular.

Las mujeres de «La Desbandá» no lucharon en los frentes, pero lo hicieron en otros muchos lados. Ellas fueron las que sustentaron moral y físicamente a sus familias, las que trataron de recomponerlas y de reunir las cuando estas quedaron rotas o se dispersaron, las que asumieron las tareas y responsabilidades de los hombres de la casa ante su ausencia o su desaparición, las que cuidaron de niños y de mayores, las que se encargaron de gestionar los escasos recursos de los que disponían o que les daban; y cuando lograron regresar a sus hogares, si es que lo hicieron, fueron también las que se encargaron de tierras, negocios y hogares, reclamaron aquello que era suyo y les habían quitado, defendieron la inocencia de sus seres queridos cuando se puso en entredicho la misma y mantuvieron viva, a lo largo del tiempo y contra el tiempo, y siempre que hizo y ha hecho falta, su memoria.

Muchas, además, fueron represaliadas, encarceladas –como Lola, quien pasó ocho años en prisión–, depuradas o asesinadas por haberse significado en la guerra, asumiendo un rol que las alejaba del modelo de mujer nacionalcatólico impuesto por el franquismo –de ahí la obsesión del régimen por reeducarlas, por reconducirlas– o, sencillamente, por ser «las mujeres de los rojos»: ellas eran las que habían incitado a sus maridos, novios, padres o hijos a cometer un sinfín de delitos y atrocidades, o quienes, ante la imposibilidad de dar con el paradero de estos, debían pagar por lo que ellos habían hecho.

La represión de las mujeres fue una represión doble y diferenciada, como bien nos recuerda María Jesús Orbegozo cuando menciona sin tapujos algunos de los castigos específicos que se les aplicaron, como la humillación pública mediante el rapado de pelo («han metío en la cárcel a [...] mujeres, que las han pelao») o como las violaciones:

Había sido testigo –nos dice la autora al presentarnos a Cirila, justo en el arranque de la novela– de la brutal violación de Lola, ya que fue quien la curaba de las heridas vaginales dos veces al día con agua hervida, a la que añadía un puñado de sal. Lola tuvo fiebre alta y deliraba durante unos días, y Cirila temía por su vida. No obstante, a la semana había desaparecido la fiebre y poco a poco se fue recuperando, aunque los primeros días en que se levantó de la cama apenas podía caminar por los dolores.



EL ÉXODO DE MÁLAGA A ALMERÍA

Novela: MARÍA JESÚS ORBEGOZO

Ilustraciones: María Rosa Aránega

Epílogo: Verónica Sierra Blas

Prólogo: Nieves Concostrina

ISBN: 978-84-124451-3-8

Depósito legal: 1855-2024

PVP: 20,00 €

186 páginas

Formato: 15 x 24 cm.

Encuadernación: Rústica cosida con solapas.

Distribución en España: UDL Libros

Distribución Internacional: Panoplia

Fecha de publicación: **Febrero 2024**

CONTACTO

www.elmonolibre.com

Para entrevistas con:

María Jesús Orbegozo,

María Rosa Aránega o

Verónica Sierra Blas,

contactar con

Ana García D'Atri:

ana@elmonolibre.es

609128025

Ana García D'Atri